

La fortaleza en Teresa de Ávila: nueve rasgos de interés

ALBERTO CANO ARENAS, SJ

Clough School of Theology and Ministry, Boston College (USA)

acano@jesuitas.es

Recibido: 14 de agosto de 2024

Aceptado: 2 de septiembre de 2024

RESUMEN: La fortaleza constituye una virtud central, aunque poco estudiada, en la obra de Teresa de Ávila. En primer lugar, en este artículo se expondrán de forma sistematizada nueve características o rasgos principales de la fortaleza teresiana que se desprenden de su obra escrita. Esto permitirá captar el alcance de dicha categoría para una comprensión de conjunto de la antropología implícita y de la teología espiritual de la santa castellana. Para ello se rastreará y examinará críticamente su significado y trascendencia en los principales escritos. En segundo lugar, se subrayará más brevemente la importancia que Teresa de Ávila concede de forma particular a la fortaleza de ánimo, tal y como se desprende de su prevención contra la pusilanimidad.

PALABRAS CLAVE: Fortaleza, don, perseverancia, humildad, discernimiento, virtud, pusilanimidad.

Fortitude in Teresa of Ávila: Nine Traits of Interest

ABSTRACT: Fortitude constitutes a central, though little-studied, virtue in the work of Teresa of Ávila. First, this article will systematically present nine characteristics or principal features of Teresian fortitude that emerge from her written work. This will allow us to grasp the scope of this category for a comprehensive understanding of the implicit anthropology and spiritual theology of the Castilian saint. To this end, its meaning and significance in her main writings will be traced and critically examined. Second, the importance that Teresa of Ávila places on fortitude, as evidenced by her caution against faint-heartedness, will be briefly highlighted.

KEY WORDS: Fortitude, gift, perseverance, humility, discernment, virtue, faint-heartedness.

INTRODUCCIÓN

Los escritos teresianos no ofrecen una definición clara de lo que Teresa de Ávila entiende por fortaleza. Tampoco proporcionan una clasificación nítida de los tipos de fortaleza que ella parece considerar. No es esta su intención. Sin embargo, sí es posible apuntar algunas de las características o rasgos principales de la fortaleza teresiana a partir del análisis de la obra escrita de la santa abulense. Esto permitirá captar el alcance de dicha categoría para una comprensión de conjunto de su antropología implícita y de su teología espiritual. Y es que la fortaleza constituye una virtud central, aunque poco estudiada, en la vida y los escritos de Teresa. En términos generales puede afirmarse que Teresa de Ávila aplica la virtud de la fortaleza tanto al alma como al ánimo y al cuerpo. Es decir, la fortaleza puede ser espiritual, de ánimo y corporal¹.

La fortaleza se predica del alma en numerosas ocasiones. Así ocurre, por ejemplo, en *Camino de Perfección*, en el que Teresa habla de «fortalecer el alma»². En esta línea escribe: «Puede ser que al principio cuando el Señor hace estas mercedes no vea el alma en sí esta fortaleza; pero si el Señor continúa regalándola, pronto se hace fuerte»³. También encontramos esto mismo en el *Libro de la Vida*, cuando Teresa expresa cómo tras el arrobamiento «queda hecha otra el alma después con diferentes deseos y fortaleza grandes»⁴; o cuando exhorta a no dejar la oración: «Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse; y crea que, si de ésta se aparta,

¹ Esta ausencia de compartimentalización refleja una visión unitaria de la persona, en línea con los postulados tomistas.

² SANTA TERESA DE ÁVILA, «Camino de Perfección», in: E. LLAMAS MARTÍNEZ (ED.), *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1984, 10.2.

³ *Ibid.*, 36.12.

⁴ ID, «Libro de la Vida», cit., 39.23.

que lleva, a mi parecer, peligro»⁵. Y algo similar sucede en el libro de las *Fundaciones*, al hablar Teresa del padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, de quien dice: «Diome cierta obra que escribió con aquellas grandes tentaciones, que me puso harta devoción y se ve bien la fortaleza que le daba el Señor»⁶.

Pero la fortaleza también se predica casi simultáneamente tanto del alma y del ánimo como del alma y del cuerpo. La primera situación es reconocible en el *Libro de la Vida*, donde Teresa afirma: «Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra [...]. ¡Oh, válgame Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor!»⁷. La segunda aparece en el capítulo 30 de la misma obra, cuando escribe acerca de las «fuerzas corporales para hacer algo por Él [Señor]»⁸.

Como se ha dicho, Teresa no define explícitamente en sus obras lo que ella entiende por fortaleza, al igual que no lo hace con otros muchos conceptos importantes que aparecen en las mismas. Sin embargo, la lectura de sus escritos sí arroja bastantes claves que permiten esbozar una serie de características para una conceptualización sistematizada y orgánica de la idea teresiana de fortaleza. Lo interesante, además, es que a partir del estudio de la obra teresiana desde las lentes de la fortaleza emergen algunos de los principios fundantes de toda su espiritualidad. Entre los rasgos principales que podemos descubrir en la idea teresiana de fortaleza hay nueve que parecen más significativos.

1. LA FORTALEZA ES PARA LA HONRA DE DIOS

Este es quizás el dato central. La concepción teresiana de la fortaleza no implica que ésta constituya un fin en sí misma ni un logro del ser humano. Por el contrario, la finalidad de dicha virtud es la

⁵ *Ibid.*, 15.3.

⁶ ID, «Fundaciones», cit., 23.10.

⁷ ID, «Libro de la Vida», cit., 25.18.

⁸ *Ibid.*, 30.20.

misma que la de todo camino creyente: el servicio a la honra divina. Es decir, la fortaleza que Teresa desea es aquella que conduzca a la gloria de Dios⁹. En otras palabras, una fortaleza tal descentra al creyente de sí mismo y de ningún modo le conduce a la soberbia ni al orgullo. Muy al contrario, es una fortaleza que le aleja de la vana honra del mundo, de la «negra honra» a la que ella tanto miedo tenía. «Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad. Todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra»¹⁰, reza intensamente Teresa a Dios.

Por eso, cuando ella se refiere a la fortaleza del sujeto no lo hace para ensalzar una virtud que se posee de forma privada y estéril. Es decir, la fortaleza teresiana no es equivalente a un heroísmo que encierra y enorgullece, ni a una voluntad de poder que se ejerce sobre los demás. La fortaleza no es para uno mismo, sino que tiene su fin principal fuera del sujeto: en el servicio de Dios. Más aún, la fortaleza en la que piensa Teresa no sólo posee un *para* prioritario que es excéntrico al individuo (que le hace salir hacia fuera de él), sino que en los textos teresianos se asocia de forma muy íntima al reconocimiento de la propia debilidad e incluso el olvido de sí mismo. Así escribe en las *Fundaciones*: «Yo siempre he tenido poca salud, pero veía claro que nuestro Señor me daba fortaleza, porque [...] Su Majestad me daba fuerza y con el fervor que me ponía y la preocupación parece que me olvidaba de mí»¹¹.

Esto no quiere decir, cayendo en el otro extremo, que sus textos ensalcen un concepto de debilidad o «flaqueza» que también se encuentra lejos del ideal de perfección del creyente que ella tiene en mente. De hecho, la santa abulense es consciente de que hay formas de entender la propia debilidad que, quizás tratando de evitar la vana gloria, pueden constituir también una tentación espiritual que aleje de Dios. Así parece intuirse en el *Libro de la Vida*. Después de afirmar

⁹ Así escribe en las Sextas Moradas del *Castillo Interior*: «¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Hacedla lástima, mi Dios; ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria» (ID, «Castillo Interior», cit., VI.6.4.)

¹⁰ ID, «Libro de la Vida», cit., 21.5.

¹¹ ID, «Fundaciones», cit., 18.4.

que «ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía»,¹² Teresa narra un momento central de su vida, el de su segunda conversión, en el que se encuentra con una imagen del Señor.¹³ En ese episodio crucial leemos:

Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y me arrojé cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle¹⁴.

2. LA FORTALEZA ES DON DE DIOS QUE ROBUSTECE LA DÉBIL CONDICIÓN HUMANA

Los textos teresianos son claros con respecto a que es Dios quien da las fuerzas necesarias para su seguimiento. Por un lado, lo que Dios da al sujeto es fortaleza: «el contento y deleites [...] si son de Dios, vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar más sin trabajo e ir creciendo en las obras y virtudes»¹⁵. Algo muy similar puede apreciarse en este otro texto del *Libro de la Vida*:

A las de poca edad da fortaleza y conocimiento para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan que es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas¹⁶.

Por otro, la fortaleza la da Dios, lo cual es clave para entender la mentalidad de Teresa: «Porque ya sé a lo que llega mi fortaleza y poca virtud en no me la estando Vos dando siempre y ayudando para que no os deje»¹⁷, reconoce la santa también en el *Libro de la Vida*. Y

¹² ID, «Libro de la Vida», cit., 9.1.

¹³ De su experiencia ante la imagen, Teresa escribe en el *Libro de la Vida*: «Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros» (*Ibid.*, cit., 9.1).

¹⁴ *Ibid.*, cit., 9.1.

¹⁵ ID, «Castillo Interior», cit., III.2.11.

¹⁶ ID, «Libro de la Vida», cit., 35.12.

¹⁷ *Ibid.*, cit., 6.9.

afirma más adelante en esta misma obra: «Parece que mi alma ganó grandes fuerzas de la divina Majestad y que debía de oír mis clamores y tener lástima de tantas lágrimas»¹⁸. O en otro lugar: «Cesaron mis males y me dio el Señor fortaleza para salir de ellos»¹⁹ y «su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad»²⁰. En el *Castillo Interior* se afirma con rotundidad que «si la fortaleza no está fundada en tierra firme, se conocen las tempestades del mundo»²¹. Y más aún agrega: «En la séptima morada ya nada se teme. Allí se lanza radicalmente el alma a pasarlo por Dios. Y la causa es que está casi siempre tan unida a Su Majestad, que de allí le viene la fortaleza»²².

En este sentido, lejos de concepciones de corte pelagiano, la fortaleza teresiana es ante todo una gracia que se recibe de Dios, no una conquista del ser humano: «Porque bien sabe el Señor lo que conviene y que mi alma no tenía fuerzas para salvarse, si Su Majestad con tantas mercedes no lo hiciera»²³. Aunque, no obstante, éste la experimenta con certeza, incluso en momentos dramáticos de la existencia: «No hacían nada los mártires de su parte en pasar tormentos, porque conoce bien el alma viene de otra parte la fortaleza»²⁴, nos dice con rotundidad. Esto adquiere sentido y es coherente con la antropología implícita de Teresa, que tiene tan presente la flaqueza y la debilidad humanas: «El Señor nos ha hecho más fuertes, sino considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas»²⁵ y «[El Señor] es poderoso de hacer de los flacos fuertes»²⁶. O de forma muy clara y sistemática:

Es imposible conforme a nuestra naturaleza —a mi parecer— tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios.

¹⁸ *Ibid.*, 9.9.

¹⁹ *Ibid.*, 21.9.

²⁰ *Ibid.*, 21.11.

²¹ Cf. ID, «Castillo Interior», cit., III.2.12.

²² *Ibid.*, VI.1.2.

²³ ID, «Libro de la Vida», cit., 18.5.

²⁴ *Ibid.*, 16.4.

²⁵ ID, «Camino de Perfección», cit., 7.6.

²⁶ ID, «Fundaciones», cit., 28.18.

Porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá. Porque con estos dones es adonde el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos de él y le aborrezcan y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas, que yo, como miserable, todo lo he habido menester²⁷.

Esto es, el creyente no puede darse a sí mismo la fortaleza que necesita para el servicio divino, sino que ésta es recibida de Dios, que sabe de su necesidad: «[Su Majestad] nos lleva como a flacos en lo demás; aunque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester»²⁸.

En definitiva, para Teresa las fuerzas claramente se reciben de Dios como don y el sujeto las experimenta en su vida particular, especialmente en la oración. Así, en el *Libro de la Vida* reconoce cómo «la fortaleza que deja Dios en el alma cuando la unión dura tiempo tan breve como el de abrir y cerrar los ojos [...], es muy diferente de cuando dura más tiempo esta merced»²⁹. Y cómo «el Señor poco a poco la va formando y le da decisión y fuerzas»³⁰. Frente al riesgo de basar las propias fuerzas en la propia condición humana o en la opinión de otros, las obras teresianas insisten en que es de Dios de quien únicamente se reciben las fuerzas que permiten vivir en su servicio.

Así las cosas, cuando el sujeto ha recibido de Dios las fuerzas suficientes y estas se encuentran orientadas al servicio divino, de manera subsiguiente conducirán a una mayor salud de su conciencia y mayor fruto de su alma. Es decir, el orden es siempre el mis-

²⁷ ID, «Libro de la Vida», cit., 10.6.

²⁸ ID, «Castillo Interior», cit., 3.8.

²⁹ Cf. ID, «Libro de la Vida», cit., 22.15.

³⁰ Cf. *Ibid.*, 22.15.

mo: primero, el servicio del sujeto a Dios por lo que Dios es en sí mismo; y después, como consecuencia y no como requisito, el bien que el sujeto recibe de Dios para su crecimiento y edificación.

3. LA FORTALEZA ES FIRMEZA PARA PERSEVERAR

Tal y como se ha visto, la fortaleza teresiana adquiere su sentido y fundamento en su orientación al servicio de la honra de Dios. Por tanto, para que la consecución de tal objetivo sea posible se hace necesario que la fortaleza no sólo arraigue en el sujeto, sino que lo haga con constancia a lo largo del tiempo. Y es que Teresa entiende la fortaleza como una virtud clave relacionada de forma directa con la «perseverancia»³¹ en el seguimiento del Señor. De hecho, en las *Concordancias de los escritos de Santa Teresa de Jesús* se relaciona el concepto *fuerte* con los de «crecido», «estable», «firme» y «seguro»³².

Esto implica a su vez que la perfección en el seguimiento de Cristo es gradual. Es decir, que en la vida espiritual se puede avanzar hacia un servicio de Dios cada vez más perfecto: «Estos efectos que he dicho a la postre son de personas ya más llegadas a perfección, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarle a Sí por contemplación perfecta»³³, escribe Teresa. Pero también se puede retroceder e ir hacia grados menos perfectos, hacia atrás en el servicio de Dios: «Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced de estos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no tornar atrás»³⁴. Y añade justo más adelante, en línea con subrayados que se han hecho previamente: «Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí»³⁵.

³¹ En la «perseverancia está todo nuestro bien», escribe Teresa en *Castillo Interior* (ID, «Castillo Interior», cit., IV.2.9).

³² J. L. ASTIGARRAGA, *Concordancias de los escritos de Santa Teresa de Jesús*, Editoriales O.C.D., Roma 2000, 1179.

³³ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Camino de Perfección», cit., 36.11,

³⁴ ID, «Libro de la Vida», cit., 21.11.

³⁵ *Ibid.*, 21.10.

La idea de gradualidad en la perfección aparece expresada de forma nítida en el mismo título de *Camino de perfección*, en el contenido del *Libro de la Vida*³⁶ y en la estructura del *Castillo Interior*. En esta última obra, a propósito del reconocimiento de la grandeza divina, cuando el alma «ha probado ya los gustos de Dios», Teresa subraya: «En fin, en todas las virtudes queda mejorada y no dejará de ir creciendo si no torna atrás y a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde por subida que esté un alma en la cumbre»³⁷.

Y es que, como señala Antonio González López, «estos frutos o virtudes también son graduales»³⁸. Sin embargo, tal concepción puede no resultar evidente hoy en día. Así lo indica Barton T. Geger a propósito de su comentario sobre las *Constituciones* de la Compañía de Jesús:

Para el pensamiento moderno, afirmar que algo es *menos perfecto* parece un oxímoron: o algo es perfecto o no lo es. Pero la perfección es relativa en la teología católica. Dos cristianos pueden poseer la gracia santificante, el deseo de conservarla y la caridad sobrenatural, y así ambos son espiritualmente perfectos. Pero la capacidad de uno para todo esto aumenta en la medida en que coopera con ellas, se aparta de todo lo que las impida y busca el mayor servicio de Dios³⁹.

A partir de sus propios descubrimientos espirituales acerca del distinto lenguaje que utilizan Dios y el demonio para comunicarse con el ser humano, Teresa desarrolla una clara doctrina de la constancia y la perseverancia del alma en el servicio divino, particularmente en medio de los «trabajos» que esta tiene que afrontar. En los textos citados puede apreciarse el valor de fondo que ella le atribuye al

³⁶ En él, Teresa describe la progresión de los grados de oración, desde los estados iniciales hasta la «unión divina» definitiva, en la que el sujeto orante «se representa estar junto a Dios» (Cf. *Ibid.*, 18.3; 18.14).

³⁷ ID, «Castillo Interior», cit., IV.2.9.

³⁸ A. GONZÁLEZ LÓPEZ, *Discernimiento espiritual en las Meditaciones sobre los Cantares de Santa Teresa de Jesús*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2020, 45.

³⁹ B. T. GEGER (ED.), *Constitutions of the Society of Jesus. A Critical Edition with the Complementary Norms*, Institute of Jesuit Sources, Boston 2024, 130 (nota al pie). Traducción propia. Cursivas en el original.

coraje para no desfallecer. Un coraje que requiere fortaleza. Pero una fortaleza que no encuentra su fundamento en el ser humano sino desde la confianza en la providencia y la guía de Dios. Por tanto, la obra teresiana es de algún modo un modelo de constancia y perseverancia para afrontar la adversidad. En otras palabras, en Teresa la fortaleza vuelve a ser una virtud necesaria para agradar cada vez con más perfección a Dios y para no ofenderle. Es decir, para que el creyente pueda perseverar en la respuesta al amor recibido de Dios con largueza y magnanimidad⁴⁰, también en medio de las dificultades que comporta toda existencia. Y es que, como indica nuevamente Barton T. Geger:

La fortaleza, según Santo Tomás, engloba las virtudes específicas de la paciencia y la perseverancia. Implica soportar sin flaquear las dificultades que surgen una vez que se ha elegido un bien mayor. Sin fortaleza, será imposible conservar y aumentar lo que la magnanimidad ha creado⁴¹.

Por el contrario, la ausencia de fortaleza puede conllevar una quiebra de la perseverancia, según alerta Teresa a sus monjas en el capítulo 27 de las *Fundaciones*, a propósito de lo ocurrido con la doncella doña Catalina durante el tiempo de la fundación del monasterio de la villa de Caravaca:

Mirad, mis hijas, los juicios de Dios y la obligación que tenemos de servirle las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesión y quedar para siempre en la casa de Dios y por hijas de la Virgen, que se aprovechó Su Majestad de la voluntad de esta doncella y de su hacienda para hacer este monasterio, y al tiempo que había de gozar de lo que tanto

⁴⁰ El término «magnanimidad» aparece únicamente en los principales textos teresianos. Concretamente, en el *Libro de la Vida*. Hablando de la oración de unión, la santa abulense dice: «¡Alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis, de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas!; y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad» (Cf. SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 18.3).

⁴¹ B. T. GEGER, *To Live and Die in the Society of Jesus: The Idea of Perseverance in the Jesuit Constitutions*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2010, 249-250. Traducción propia.

había deseado, faltóle la fortaleza y sujetóla el humor, a quien muchas veces, hijas, echamos la culpa de nuestras imperfecciones y mudanzas⁴².

4. LA FORTALEZA SE EJERCITA ASCÉTICAMENTE

La perseverancia del creyente, siendo gracia de Dios, posee ciertamente una dimensión de responsabilidad y compromiso personal, en cuanto que requiere de él un cierto ejercicio de la voluntad: la *disposición*. Como dice Teresa hablando de la oración: «Muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos»⁴³. Por tanto, la perseverancia es la respuesta seria y responsable del sujeto a una llamada primera de Dios, en quien aquel debe poner todos sus esfuerzos y debe hacerlo con determinación para «seguir aquel camino con todas las fuerzas»⁴⁴, aún en medio de las dificultades: «Démosle libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás se le tornar a tomar, por trabajos que por ello nos vengan»⁴⁵. En este sentido, no es banal insistir una vez más en que la fortaleza y la firmeza en el servicio de Dios sólo se entienden en tanto que instrumentos dirigidos al fin último, que es siempre la honra divina. Este es el horizonte de la dimensión ascética que se encuentra presente en el corazón de la espiritualidad teresiana.

Originalmente el término *askesis* hacía referencia, en el mundo griego, al entrenamiento de los atletas. Posteriormente san Antonio lo aplica a la vida espiritual. Y Teresa de Ávila lo convierte en un elemento importante de su doctrina. Sin embargo, esta dimensión ascética que puede apreciarse en el legado de Teresa⁴⁶ muchas veces se ve

⁴² SANTA TERESA DE ÁVILA, «Fundaciones», cit., 27.10.

⁴³ ID, «Libro de la Vida», cit., 11.2.

⁴⁴ *Ibid.*, 4.7.

⁴⁵ ID, «Camino de Perfección», cit., 23.2.

⁴⁶ Esta unión de mística y ascética (de «oración y mortificación») puede apreciarse en su relato, camino de Sevilla, acerca de la fundación de dicho monasterio. En el viaje, durante el cual habían pasado «grandísimo calor», se acompaña de seis hermanas de las que dice lo siguiente: «Eran tales almas, que me parece me atreviera a ir con ellas a tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza

eclipsada por una visión meramente mística que recorta la grandeza de la herencia teresiana. Y es que la determinación en Teresa queda balanceada en su comprensión de la naturaleza humana, es cierto. Para la santa de Ávila existe claramente una flaqueza que es propia de nuestra condición como seres humanos. Pero tal *flaqueza*, cuyo significado teresiano puede ser entendido apropiadamente como «falta de fuerzas y fragilidad»⁴⁷, no es algo en lo que ella se regodea pegajosamente, ni por lo que se deja atrapar, ni la tolera sin más. Por el contrario, para Teresa la fragilidad humana pide movimiento y respuesta.

En este sentido, ella es también capaz de reconocer que no todas las personas poseen la misma fortaleza. «No van todos por un camino»⁴⁸, afirma en un momento del *Camino de Perfección*. Y «no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere»⁴⁹, aconseja seguidamente con harto sentido común. Algo similar expresa mediante una sugerente comparación con un «cautivo en tierra de moros» y «un grande amigo» que es el único que lo podría rescatar. Dice Teresa:

Para haberle de rescatar no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir a servir por él. El grande amor que le tiene pide que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discreción con muchas razones y dice que más obligado es a sí, y podrá ser que tenga él menos fortaleza que el otro y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas.⁵⁰

En definitiva, la santa castellana refleja un conocimiento claro y una aceptación honesta de la diversidad de fuerzas existente entre

o, por mejor decir, se la diera nuestro Señor para padecer por Él, porque estos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación, que como habían de quedar tan lejos, procuré que fuesen de las que me parecían más a propósito» (Cf. ID, «Fundaciones», cit., 24.6).

⁴⁷ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de autoridades*, Gredos, Madrid 1969.

⁴⁸ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Camino de Perfección», cit., 24.1.

⁴⁹ *Ibid.*, 24.5.

⁵⁰ ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 3.3.

los distintos sujetos. Por ende, las dimensiones de esfuerzo humano y don divino son inseparables, por supuesto; pero la jerarquía y la prioridad entre ellas es nítida siempre a favor de la segunda. El camino de seguimiento a Dios es respuesta del ser humano después de que Dios le ha dado su gracia. «Fortaleced Vos mi alma [...], Bien de los bienes y Jesús mío»⁵¹, suspira Teresa. «No la hayáis lástima, que, con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos; ella está determinada a ello y los desea padecer»⁵², exclama en las Sextas Moradas. Así queda también patente en los *Conceptos del amor de Dios*: «No ha menester Él [Señor] nuestro esfuerzo de nada: antes gusta Su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes»⁵³.

Aun así, Teresa incide una y otra vez en la obligación que tiene el creyente de *esforzarse*, con la ayuda de Dios, para avanzar en dicho camino de firmeza, pues también el demonio se esfuerza en debilitar al ser humano:

Era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre para que no fuese a la oración y la tristeza que me daba cuando entraba en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no lo tengo pequeño, y se ha visto que me lo dio harto más que de mujer), para forzarme, y al fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza me hallaba con más quietud y regalo, que algunas veces que tenía deseo de rezar.⁵⁴

En relación con este texto es interesante notar el papel que el esfuerzo juega en la comprensión que Teresa tiene de la vida espiritual⁵⁵. De hecho, éste es un elemento central en su descripción de los diferentes grados de oración. Podemos entender dicha importancia por

⁵¹ ID, «Libro de la Vida», cit., 21.5.

⁵² ID, «Castillo Interior», cit., VI.6.4.

⁵³ ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 3.6.

⁵⁴ ID, «Libro de la Vida», cit., 8.7.

⁵⁵ Cf. K. KAVANAUGH, «How to Pray: From the Life and Teachings of Saint Teresa», *Carmelite Studies* (2000) 116-122.

las dificultades y los problemas que Teresa experimentó en su propia oración durante muchísimos años. En concreto, a lo largo del *Libro de la Vida* se repiten en multitud de ocasiones términos relacionados con el esfuerzo. Una particular profusión de los mismos se encuentra en el capítulo 11, donde comienza a declarar el primero de cuatro grados de oración. En él aparecen, por ejemplo, los siguientes vocablos: «disponerse»⁵⁶, «determinarse»⁵⁷, «subir»⁵⁸, «gran precio»⁵⁹, «trabajos»⁶⁰, «harto trabajo»⁶¹, «procurar con todas sus fuerzas»⁶², «perseverar»⁶³, «esforzarse»⁶⁴, «costar»⁶⁵, «probar»⁶⁶, «recio martirio sabroso»⁶⁷, etc. Este esfuerzo tiene que ver específicamente con los primeros grados de la oración, es requerido particularmente por las personas que se inician en ella y tiene como objetivo llegar al «amor perfecto»⁶⁸. Por tanto, podemos ver aquí una expresión de la tensión tan característica de la obra teresiana entre los méritos humanos y la gracia divina. En palabras de Kavanaugh, «a través de sus perseverantes esfuerzos por estar presente para Cristo en su oración Teresa avanzó más allá de la necesidad, generalmente, de tales esfuerzos»⁶⁹.

En definitiva, la fortaleza no es sólo algo que se recibe, sino también algo que debe ponerse en acto para convertirlo en hábito. La fortaleza debe ejercitarse, en resumidas cuentas. Y esto implica un

⁵⁶ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 11.2.

⁵⁷ *Ibid.*, 11.1.

⁵⁸ *Ibid.*, 11.1.

⁵⁹ *Ibid.*, 11.1.

⁶⁰ *Ibid.*, 11.3.

⁶¹ *Ibid.*, 11.9.

⁶² *Ibid.*, 11.4.

⁶³ *Ibid.*, 11.4.

⁶⁴ *Ibid.*, 18.1.

⁶⁵ *Ibid.*, 11.7.

⁶⁶ *Ibid.*, 1.11.

⁶⁷ *Ibid.*, 20.11.

⁶⁸ *Ibid.*, 11.2.

⁶⁹ K. KAVANAUGH, «How to Pray: From the Life and Teachings of Saint Teresa», cit., 134. Traducción propia.

compromiso personal que acaba transformándose en hábito. El creyente, por tanto, ha de desarrollar determinación, resolución y voluntad firme para ejecutar aquello que sea para servicio de Dios, no simplemente porque posea una utilidad aparentemente clara o porque pueda reportar beneficios al sujeto. Esto tiene un punto de exigencia y de dificultad, sin duda. Pero una vez más el foco no se encuentra en una actitud infantilmente voluntarista para ser más o menos fuerte, sino en el convencimiento de que, en último término, se está poniendo toda la intención y fuerzas en el Señor. Es decir, en el convencimiento de que las fuerzas son para servir y honrar a Dios. Por eso esta es una exigencia que no paraliza al sujeto, sino que lo dinamiza, lo totaliza y lo afecta más intensamente para el servicio divino.

5. LA FORTALEZA SE PRUEBA

Pero recibir la fortaleza de Dios y sentirla personalmente no basta. La fortaleza de la que habla Teresa requiere, además, ser aquilatada. Es decir, requiere ser probada como don orientado a la honra divina, no al desarrollo o la realización personales. Así, la espiritualidad de fondo refleja que Dios también trabaja en el alma humana a través de los trabajos, los esfuerzos y las pruebas. En ellos se puede conocer y reconocer a Dios. De ahí que resulte fácil entender el gran hincapié que hace Teresa en la importancia de reconocer cómo es probada la fortaleza y cómo Dios, a través de estas pruebas, concede «firmeza»⁷⁰ en la fe. Así ocurre cuando relata la experiencia vocacional de Beatriz de la Madre de Dios:

Al tiempo que hubo de profesar, dos o tres meses antes, porque no gozase tanto bien sin padecer, tuvo grandísimas tentaciones; no porque ella se determinase a no la hacer, mas parecíale cosa muy recia. Olvidados todos los años que había padecido por el bien que tenía, la traía el demonio tan atormentada, que no se podía valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció, de manera que en mitad de los tormentos concertó su profesión. Nuestro Señor, que no debía de aguardar a más de probar su fortaleza, tres días antes de la profesión la visitó y consoló muy particularmente e hizo huir el demonio. Quedó tan consolada, que parecía

⁷⁰ El *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española define *firmeza* como «estabilidad, constancia, seguridad y fortaleza».

aquellos tres días que estaba fuera de sí de contenta, y con mucha razón, porque la merced había sido grande⁷¹.

Pero también parece verse cómo la fortaleza en el servicio divino, junto con otras virtudes, es prueba de que se está amando a Dios. Así nos dice al hablar del alma que comienza a caminar con determinación en el camino de la oración mental: «No está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánima y humildad. Recibir, más me parece a mí eso, que no dar nosotros nada»⁷². Más aún, las pruebas para Teresa vienen de Dios. Dios mismo es quien prueba. E incluso esta prueba puede ser objeto de petición por parte del creyente:

El Señor os lo dará a entender, para que saquéis de las sequedades humildad y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que adonde la hay de veras, que, aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos; que muchas veces —como habéis leído— los da la divina Majestad a los más flacos; aunque creo de ellos que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad. Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos⁷³.

En la prueba, pues, el creyente que progresa en perfección al servicio de Dios pide cierto coraje, ya que «los que llegan a la perfección que no piden al Señor los libre de los trabajos ni de las tentaciones ni persecuciones y peleas [...] son como los soldados, que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia»⁷⁴.

En este sentido, la virtud de la fortaleza en medio de la prueba se encuentra íntimamente unida con la virtud de la *paciencia*⁷⁵. Para

⁷¹ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Fundaciones», cit., 26.14.

⁷² ID, «Libro de la Vida», cit., 11.13.

⁷³ ID, «Castillo Interior», cit., III.1.9.

⁷⁴ ID, «Camino de Perfección», cit., 38.1.

⁷⁵ El *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española define *paciencia* como la «virtud que enseña a sufrir y tolerar los infortunios y trabajos,

Teresa, tanto una como otra deben ejercitarse. E, igualmente, ambas poseen una estrecha relación con la perseverancia, que —ya se señaló— es don pero también tarea. Esta comprensión se halla fundamentalmente en línea con las posiciones de los padres de la Iglesia, para quienes la paciencia es una virtud cardinal. De hecho, como sostiene David Baily Harned, «aunque su énfasis era a veces bastante diferente debido a la realidad de la persecución y la expectativa del inminente fin de la historia», los teólogos de la Iglesia primitiva «apreciaron la centralidad de la paciencia en las Escrituras»⁷⁶.

Por ejemplo Tertuliano estaba convencido de que «la paciencia está en el corazón del discipulado cristiano»⁷⁷. Más aún, para él la impaciencia «se opone a la fe» y constituye «nuestro pecado original»⁷⁸. Por tanto, únicamente «en Cristo puede encontrar su realización una paciencia plena y perfecta»⁷⁹, pues «el paradigma de la paciencia en el Nuevo Testamento es la *kenosis*, el vaciamiento de sí mismo, de Cristo»⁸⁰. Estos planteamientos, que Tertuliano desarrolla en su tratado *De Patientia*, resultarán de gran influencia y servirán como modelo para la teología de Cipriano, que también situará esta virtud como un elemento cardinal de la vida cristiana, hasta el punto de que para él la paciencia «proporciona un principio de interpretación para leer la totalidad de la narración bíblica»⁸¹.

en las ocasiones que irritan o conmueven». Señala además que «es uno de los frutos del Espíritu Santo» y que «se toma también por el sufrimiento y tolerancia en las adversidades, penas y dolores». Por su parte, el *Tesoro de la lengua castellana o española* incide en la dimensión de «tolerancia y sufrimiento, o en los trabajos propios y adversidades o en las ocasiones que nos dan para perderla».

⁷⁶ D. B. HARNED, *Patience: How We Wait Upon the World*, Cowley Publications, Cambridge 1997, 42. Traducción propia.

⁷⁷ *Ibid.*, 41. Traducción propia.

⁷⁸ *Ibid.*, 48. Traducción propia.

⁷⁹ TERTULIANO, *De Patientia*, libro 7. Citado en D. B. HARNED, *Patience: How We Wait Upon the World*, cit., 41. Traducción propia.

⁸⁰ D. B. HARNED, *Patience: How We Wait Upon the World*, cit., 38. Traducción propia.

⁸¹ *Ibid.*, 50. Traducción propia.

Por su parte, Agustín de Hipona define la paciencia «como aquello que nos ayuda a soportar los males con ecuanimidad para no abandonar, por falta de ecuanimidad, el bien por el que llegamos a lo mejor»⁸². Y aunque, a diferencia de Cipriano él no considera que la paciencia sea la madre de las demás virtudes, sí defiende —al igual que aquel⁸³— que esta se encuentra en íntima relación con la perseverancia⁸⁴, con la resistencia y con la humildad⁸⁵. Todavía más, para el santo de Hipona la humildad y la paciencia «tienen su origen en amores contrapuestos, el amor de sí mismo al desprecio de Dios y el amor de Dios al desprecio de sí mismo»⁸⁶. Según puede verse, este pensamiento se encuentra profundamente alineado con la vinculación que hace Teresa entre fortaleza y paciencia como virtudes que deben ser ejercitadas ascéticamente para la mayor honra de Dios. En tal sentido, Tertuliano también establecerá una distinción entre la paciencia del alma o del espíritu y la paciencia de la carne o del cuerpo, que él «utiliza para presentar su propia versión ascética del evangelio»⁸⁷.

En Occidente, el estoicismo será la tradición «que más elocuentemente ha insistido en la preeminencia de la paciencia entre las virtudes»⁸⁸. Para los estoicos la paciencia consiste específicamente en la *apatheia*, concepto del que se ha hablado en anteriores apartados. El planteamiento de Teresa parece estar quizás influido por esta tradición estoica.

6. LA FORTALEZA SE ACOMPAÑA DE LA HUMILDAD

Por todo ello puede apreciarse que la fortaleza de la que Teresa habla se encuentra estrechamente vinculada a la humildad en el ca-

⁸² *Ibid.*, 53. Traducción propia.

⁸³ *Ibid.*, 52. Traducción propia.

⁸⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, «On the Predestination of the Saints and On the Gift of Perseverance», in: J. A. MOURANT y W. J. COLLINGE (ED.), *Four Anti-Pelagian Writings*, Vol. 86, Catholic University of America Press, United States 1992.

⁸⁵ *Ibid.*, 54-55. Traducción propia.

⁸⁶ *Ibid.*, 54. Traducción propia.

⁸⁷ *Ibid.*, 47. Traducción propia.

⁸⁸ *Ibid.*, 42. Traducción propia.

mino de amor y servicio a Dios del creyente. Junto a la justicia, la fortaleza del alma se asocia con gran cercanía a aquella virtud, tan central en la espiritualidad teresiana: «No está el amor de Dios en llorar ni sentir gustos y ternura, que casi siempre los deseamos y nos consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de alma y humildad»⁸⁹. Esta proximidad entre ambas virtudes también se aprecia en la descripción del alma en las Terceras Moradas del *Castillo Interior*: «Pues si la mía, con ser tan ruin, hacía esto, las que son buenas y humildes le alabarán mucho más; y por sola una que le alabe una vez es muy bien que se diga, a mi parecer, y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa; cuánto más que si son de Dios vienen cargados de amor y fortaleza con que se puede caminar más sin trabajo e ir creciendo en las obras y virtudes»⁹⁰.

Y lo mismo encontramos en el *Libro de la Vida*: «Todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma y que tenga en menos las cosas de esta vida y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado a los que les sirven»⁹¹. O, más concretamente, hablando de los arrobamientos, dice con largura:

Bien entendía yo no venía aquello de mí ni lo había ganado con mi diligencia, que aún no había habido tiempo para ello. Su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced de estos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no tomar atrás. Ni me parece, como es así, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra. Y por esto me parece que a almas que el Señor hace estas mercedes que, yendo con humildad y temor, siempre entiendo el mismo Señor lo hace y nosotros casi nonada, que se podía poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará y serle ha modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí⁹².

⁸⁹ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 11.14.

⁹⁰ ID, «Castillo Interior», cit., III.2.11.

⁹¹ Cf. ID, «Libro de la Vida», cit., 21.12.

⁹² *Ibid.*, 21.11.

Y es que la fortaleza en la que piensa Teresa no lleva al enorgullecimiento propio ni a la soberbia porque reconoce algo fundamental que ha sido previamente desarrollado. Esto es, que la fortaleza no viene de nosotros, sino de Dios, de modo que —como sostiene Donoso Brant— «esta virtud exige de cada uno de nosotros una actitud humilde en relación con los dones que Dios ha puesto en nuestra naturaleza humana»⁹³. Por tanto, «¡siempre la humildad por delante para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras!»⁹⁴.

La humildad, pues, consiste no sólo en «tener en poco la honra» del mundo, sino en tener en poco la propia honra, incluidas las fuerzas propias. Pero no como un acto de autoagresión o de autocastigo, sino como consecuencia del reconocimiento de la siempre mayor honra de Dios. Porque con el ansia por perseguir la honra propia queda «el provecho perdido para lo que podríais más ganar»⁹⁵. Pero con el reconocimiento de la propia limitación deviene de forma natural la admiración por los favores que el *Deus semper maior* hace en el alma por su infinita misericordia. Así que:

No nos quejemos de temores ni nos desanime ver flaco nuestro natural y esfuerzo; sino procuremos de fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos nosotros y que si Dios no nos favorece, no somos nada; y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas y confiar de su misericordia, y que hasta estar ya en ello es toda la flaqueza.⁹⁶

7. DIOS ES LA VERDADERA FORTALEZA

Lejos de ciertas concepciones contemporáneas del misterio de Dios en clave de vulnerabilidad divina⁹⁷, para Teresa el Dios que se

⁹³ <http://www.caminando-con-jesus.org/TERESA/SANTA-TERESA-DE-JESUS-FORTALEZA.htm> (12.08.2024).

⁹⁴ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 13.3.

⁹⁵ ID, «Camino de Perfección», cit., 12.6.

⁹⁶ ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 3.12.

⁹⁷ Por ejemplo, Enda McDonaghin desarrolla una teología de la vulnerabilidad en su libro *Vulnerable to the Holy: In Faith, Morality and Art*, Columbia Press, Dublín 2005.

revela en las Escrituras y que predica la Iglesia es un Dios fuerte y todopoderoso. De hecho, Dios es la «verdadera fortaleza»⁹⁸, la «fortaleza misma» y el «sumo poder». Por eso puede donar gratuitamente la fortaleza al ser humano y hacerle participar de la fortaleza que es Él, como aparece en las Séptimas Moradas del *Castillo Interior*: «Estando el alma hecha una cosa con el fuerte por la unión tan soberana de espíritu con espíritu se le ha de pegar fortaleza y así veremos lo que han tenido los santos para padecer y morir»⁹⁹. Y un poco antes: «Tengo por cierto que estas mercedes son para fortalecer nuestra flaqueza para poderle imitar en el mucho padecer»¹⁰⁰.

Desde esta clave se dirige y describe Teresa a Dios en *Camino de Perfección*:

¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras obras, son infinitas, sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza!¹⁰¹

La expresión «misma fortaleza», aplicada ahora a Jesucristo, aparece también en los *Conceptos del amor de Dios*: «Claro está que [el Señor] no la tenía [la flaqueza], pues era la misma fortaleza, sino para consuelo nuestro y para que entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos»¹⁰². En la misma obra se subraya de nuevo la fortaleza de Cristo en el Huerto y en la Cruz: «Ofréceseme ahora aquí cómo nuestro buen Jesús muestra la flaqueza de su humanidad antes de los trabajos, y en el golfo de ellos tan gran fortaleza, que no sólo quejarse, mas ni en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecía con flaqueza»¹⁰³. Y con una teología similar

⁹⁸ «¡Oh, mi Dios y mi verdadera fortaleza!», escribe Teresa en las *Exclamaciones del alma a Dios* (SANTA TERESA DE ÁVILA, «Exclamaciones del alma a Dios», cit., 12.1).

⁹⁹ ID, «Castillo Interior», cit., VII.4.10.

¹⁰⁰ *Ibid.*, 4.4.

¹⁰¹ ID, «Camino de Perfección», cit., 22.6.

¹⁰² ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 3.12.

¹⁰³ *Ibid.*, 3.11.

se expresa en las Séptimas Moradas: «Porque si acá dice David que con los santos seremos santos, no hay que dudar, sino que, estando hecha una cosa con el Fuerte por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y así veremos la que han tenido los santos para padecer y morir»¹⁰⁴.

Pero Dios es, además, un Dios todopoderoso. Así se dirige Teresa a Él:

¡Oh Señor!, confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mío, qued, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válgame, Señor, esto en que no os he ofendido¹⁰⁵.

Y precisamente en base al poder absoluto de Dios, que es inseparable de su misericordia, Teresa puede fiarse de las promesas divinas. Más concretamente, el Dios todopoderoso al que Teresa quiere servir es el Dios que verdaderamente puede librarla —y efectivamente la libra— de sus tribulaciones y sus miedos:

Acaecióme otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio [...], y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: ¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido (y así se cumplió bien después), y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos, para servirle, y me pusiera de nuevo a padecer¹⁰⁶.

Finalmente, en las *Fundaciones*, hablando sobre los nuevos monasterios de Palencia y Burgos, comenta algo muy parecido: «Me

¹⁰⁴ ID, «Castillo Interior», cit., VII.4.10.

¹⁰⁵ ID, «Exclamaciones del alma a Dios», cit., 4.2.

¹⁰⁶ ID, «Libro de la Vida», cit., 26.2.

dijo nuestro Señor como reprendiéndome: ¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado yo? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer esas dos fundaciones»¹⁰⁷.

8. LA FORTALEZA COMO CRITERIO DE DISCERNIMIENTO

Uno de los mayores temores de Teresa, según nos cuenta en sus obras, es el miedo a dejarse engañar por el mal espíritu. En otras palabras, el miedo a sucumbir a la tentación en la vida espiritual. Ella misma escribe: «En esto anduve algún tiempo, hasta que ya, con mucha batería que pasé en mí y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz, si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender a Dios. Porque la falta —como he dicho— que veía en mí de fortaleza me hacía estar tan tímida»¹⁰⁸.

Por eso la fortaleza aparece con frecuencia asociada al combate frente al demonio, como virtud que permite defenderse del maligno. En esta misma línea, en la Audiencia General del 15 de noviembre de 1978 Juan Pablo II afirmó que «la virtud de la fortaleza requiere siempre una cierta superación de la debilidad humana y, sobre todo, del miedo»¹⁰⁹. Este miedo aparece con frecuencia en los comienzos de la vida espiritual de Teresa, tal y como lo narra en el *Libro de la Vida*. Y ella, que descubre progresivamente en su propia experiencia espiritual cómo actúa el tentador, reconoce el papel de la fortaleza que da Dios para vencerlo. De hecho, sobre todo la segunda parte de este libro puede considerarse primariamente un tratado de oración, específicamente un tratado de discernimiento de la oración.

Teresa se refiere a ello con el término «discreción»¹¹⁰ y lo desarrolla «a través de la experiencia y el cuestionamiento», como explica

¹⁰⁷ ID, «Fundaciones», cit., 29.6.

¹⁰⁸ ID, «Libro de la Vida», cit., 23.4.

¹⁰⁹ https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1978/documents/hf_jp-ii_aud_19781115.pdf (12.08.2024).

¹¹⁰ Cf. SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 11.15, 11.16, 13.1.

Kieran Kavanaugh¹¹¹. En el *Libro de la Vida* la santa distingue progresivamente entre las experiencias de la oración que provienen de Dios y aquellas que vienen del mal espíritu: «Comienza Su Majestad a comunicarse a esta alma y quiere que sienta ella cómo se le comunica»¹¹² para que «se entienda por los efectos cuándo es espíritu de Dios»¹¹³. Y, además, proporciona una guía acerca de cómo responder a las «mercedes», «miedos» y «tentaciones» que aparecen durante la oración. Dice en esta obra: «Forzáis Vos, Señor, los demonios para que no los acometan y para que cada día tengan menos fuerza contra ellos y se las daís a ellos para vencer»¹¹⁴. Y dos capítulos más adelante exhorta: «Creamos que quien nos da los bienes nos dará gracia para conocer la tentación cuando el demonio nos tienta y fortaleza para rechazarla»¹¹⁵. Pero es que en el mismo libro encontramos también el siguiente pasaje, enormemente revelador, sobre la fortaleza como criterio de discernimiento:

Si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude a ella la devoción o visión, que no la tenga por segura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande. Que, a lo que yo veo y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece tendría en que es demonio que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga. Porque entonces no es menester andar a buscar señales ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería¹¹⁶.

En diferentes momentos del *Camino de Perfección*, obra en la que instruye a sus monjas, Teresa nuevamente asocia la fortaleza con

¹¹¹ K. KAVANAUGH, «How to Pray: From the Life and Teachings of Saint Teresa», cit., 115. Traducción propia.

¹¹² SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 14.5.

¹¹³ *Ibid.*, 14.8.

¹¹⁴ *Ibid.*, 8.6.

¹¹⁵ *Ibid.*, 10.4.

¹¹⁶ *Ibid.*, 25.13.

la batalla interior contra el enemigo y contra la tentación: «Nunca temen a los enemigos descubiertos; ya los conocen y saben que con la fuerza que les da el Señor, no tienen fuerza, y que siempre salen vencedores y con gran ganancia; nunca huyen»¹¹⁷. Y unos capítulos después, al referirse al amor de Dios y a la ilusión de no advertir un pecado venial: «Supliquemos siempre a Dios no sea tan recia la tentación, que le ofendamos, sino que nos la dé conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla»¹¹⁸.

Por eso, si es Dios quien da la fortaleza para vencer la tentación, entonces es posible afirmar que, en la espiritualidad teresiana, la fortaleza constituye un criterio de discernimiento. En otras palabras, que la fortaleza es un signo de la presencia actuante de Dios en el alma humana. La fortaleza, para Teresa, viene de Dios; de modo que cuando experimenta esto puede «afirmar que era el buen espíritu el que la hablaba»¹¹⁹. Allí donde hay fortaleza en el alma, pues, está Dios. «Sentía en mí una certeza de que era Dios sobre todo cuando estaba en la misma oración y veía que quedaba muy mejorada y con más fortaleza»¹²⁰, escribe Teresa. Dicho de otro modo, «el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que sea su voluntad»¹²¹.

Por lo tanto, para ella la fortaleza constituye un elemento indicativo de la autenticidad de su encuentro con Dios, de modo que podía fiarse de que las experiencias que le dejaban un poso de fortaleza no eran un engaño del mal espíritu: «Sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza cuando al principio no dura más que cerrar y abrir los ojos y casi no se siente sino en los efectos que deja, o cuando va más a la larga esta merced»¹²². Por el contrario, la debilidad, la flaqueza y el

¹¹⁷ ID, «Camino de Perfección», cit., 38.2.

¹¹⁸ *Ibid.*, 41.1.

¹¹⁹ <http://www.caminando-con-jesus.org/TERESA/SANTA-TERESA-DE-JESUS-FORTALEZA.htm> (12.08.2024).

¹²⁰ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 23.2.

¹²¹ ID, «Castillo Interior», cit., VI.11.9.

¹²² ID, «Libro de la Vida», cit., 22.15.

miedo proceden del demonio y de ellas el alma no se debe fiar. Esto ocurre, por ejemplo, cuando narra en el *Libro de la Vida* algunas de sus experiencias de oración, particularmente de quietud y de unión:

Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar, puesto que veía en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba a temer y a pensar si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oración mental y que no pudiese pensar en la Pasión ni aprovecharme del entendimiento¹²³.

En el *Camino de Perfección*, cuando se refiere a la oración de unión, Teresa afirma lo siguiente acerca de la fortaleza para perdonar: «Y que si no tiene estos efectos y sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión y regalo del demonio, porque nos tengamos por más honrados»¹²⁴. Y en el *Castillo Interior*, al hablar de las apariciones en las Sextas Moradas, donde nuevamente relaciona estrechamente fortaleza con humildad, escribe: «Y así es menester ir con aviso, hasta aguardar tiempo del fruto que hacen estas apariciones, e ir poco a poco mirando la humildad con que dejan al alma y la fortaleza en la virtud; que si es de demonio, presto dará señal y le cogerán en mil mentiras»¹²⁵.

En resumen, Dios no pudo poner en el alma humana debilidad, sino fortaleza. Y, contrariamente, el demonio no pudo poner fortaleza, sino debilidad. Así lo dice Teresa con sus propias palabras: «Porque, como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario como era quitarme los vicios y poner virtudes y fortaleza»¹²⁶.

¹²³ *Ibid.*, 23.2.

¹²⁴ ID, «Camino de Perfección», cit., 36.11.

¹²⁵ ID, «Castillo Interior», cit., VI.9.11.

¹²⁶ ID, «Libro de la Vida», cit., 28.13.

9. LA FORTALEZA ES PARA APROVECHAR A OTROS

Finalmente, la fortaleza de la que habla Teresa no es para beneficio propio, sino «para aprovechar a otros». En este sentido, sobre aquellos que han recibido la merced del arrobamiento y que, por tanto, han ido creciendo en fortaleza, afirma con rotundidad: «Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí»¹²⁷. En este último rasgo puede apreciarse, además, cómo las distintas características de la fortaleza teresiana que se han descrito se encuentran unas con otras entrelazadas. Ninguno de los rasgos constituye un departamento estanco, sino que cada uno de ellos implica al resto e imprime en ellos su contorno.

Así, por ejemplo, al ser don de Dios y no conquista humana, la fortaleza no puede guardarse, sino ponerse al servicio de los demás. Esto queda reflejado en las célebres palabras del capítulo 15 del *Libro de la Vida*, donde Teresa escribe algunos avisos a las almas que tienen oración de quietud: «Miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos»¹²⁸.

Otro punto de intersección entre varias de las características expuestas lo encontramos más adelante en el *Libro de la Vida*, cuando Teresa entiende que las mercedes que le hace Dios son «para provecho de las almas»¹²⁹ «por medio mío»¹³⁰. Es decir, las experiencias místicas de Teresa parecen tener una doble finalidad: agradar a Dios y ayudar a otros¹³¹, lo que para ella implica no «dejar ningún alma entrar en purgatorio»¹³². Este deseo de salvar almas, que se encuentra hondamente arraigado en la espiritualidad de la España moderna en la que transcurrió su vida, aparece de forma recurrente en dicho texto.

¹²⁷ *Ibid.*, 21.11.

¹²⁸ *Ibid.*, 15.5.

¹²⁹ Cf. *Ibid.*, 40.

¹³⁰ *Ibid.*, 34.17.

¹³¹ Cf. *Ibid.*, 39.

¹³² *Ibid.*, 38.32.

Por ejemplo, cuando Teresa escribe: «Gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan [...] y los ímpetus grandes de aprovechar almas»¹³³. Pero también podemos apreciarlo cuando relata sus «visiones de difuntos»¹³⁴, sus visiones de personas vivas, su preocupación por «las almas para que no se pierdan»¹³⁵ y finalmente la visión en la que el Señor le dice: «Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí; no dejes de decírselo»¹³⁶.

Más aún, Teresa entiende el conjunto de su obra reformadora en clave de ayuda a la fe, tanto de aquellos que se encuentran ya en el seno de la Iglesia como de los que están fuera de ella. Lo primero queda recogido también en el *Libro de la Vida*: «Comencé a suplicar a Su Majestad por la Iglesia. Dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe»¹³⁷. Lo segundo lo escribe en las *Relaciones*: «En cosas de la fe me hallo, a mi parecer, con muy mayor fortaleza. Paréceme a mí que contra todos los luteranos me pondría yo sola a hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdición de tantas almas. Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios»¹³⁸.

10. CONTRA LA «PUSILANIMIDAD»

Teresa hace referencia explícita a la «pusilanimidad» en todas sus obras mayores, excepto en el *Camino de Perfección*. Concretamente, este término se encuentra presente cuatro veces a lo largo de cuatro capítulos distintos de las *Fundaciones*¹³⁹, cuatro veces también en tres capítulos de *Los conceptos del amor de Dios*¹⁴⁰ y una vez en

¹³³ *Ibid.*, 32.6.

¹³⁴ Cf. *Ibid.*, 38.26.

¹³⁵ *Ibid.*, 34.19.

¹³⁶ *Ibid.*, 38.3.

¹³⁷ *Ibid.*, 40.12.

¹³⁸ ID, «Relaciones», cit., 3.8.

¹³⁹ Cf. ID, «Fundaciones», cit., 2.7, 25.1, 28.14, 29.3.

¹⁴⁰ Cf. ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 2.29, 3.5, 4.7.

el *Libro de la Vida*¹⁴¹, el *Castillo Interior*¹⁴², las *Relaciones*¹⁴³ y las *Exclamaciones del alma a Dios*¹⁴⁴. En ellos, la pusilanimidad se presenta como la antítesis de la fortaleza de ánimo, que hoy nosotros podríamos traducir, de modo general, como fortaleza de carácter. La fortaleza de ánimo supone, pues, un dique de contención que permite resistir contra derivas que Teresa considera peligrosas y con las que la pusilanimidad se asocia en estos textos: la «cobardía»¹⁴⁵, la «flaqueza»¹⁴⁶, y el «ánimo flaco»¹⁴⁷. En este sentido, escribe Teresa en el capítulo 10 del *Libro de la Vida*: «Creamos que quien nos da los bienes, nos dará gracia para que, en comenzando el demonio a tentarle en este caso, lo entienda, y fortaleza para resistir»¹⁴⁸. En una línea similar Barton T. Geger, al comentar las Constituciones de la Compañía de Jesús, afirma:

No hay que dejarse exaltar por los éxitos ni deprimirse por los fracasos, recuerdan la doctrina estoica y las antiguas enseñanzas de los Padres sobre la *apatheia* y la *patientia*. La magnanimidad y la fortaleza de ánimo, que engloban las virtudes de la perseverancia, la constancia y la valentía, reflejan la enseñanza tomista sobre las virtudes. Y se aprecian ecos de San Agustín en la advertencia de perseverar *hasta la muerte* en el servicio de Cristo¹⁴⁹.

Por este mismo camino de pensamiento transita también la rotunda exhortación de Teresa en el *Camino de Perfección*, aún sin hacer referencia explícita a la pusilanimidad: «Pelead como fuertes hasta morir en la empresa pues no habéis venido a otra cosa que a pelear»¹⁵⁰.

¹⁴¹ Cf. ID, «Libro de la Vida», cit., 31.17.

¹⁴² ID, «Castillo Interior», cit., 2.10.

¹⁴³ ID, «Relaciones», cit., 1.22.

¹⁴⁴ ID, «Exclamaciones del alma a Dios», cit., 17.2.

¹⁴⁵ Cf. ID, «Fundaciones», cit., 2.7.

¹⁴⁶ Cf. ID, «Exclamaciones del alma a Dios», cit., 7.1.

¹⁴⁷ Cf. ID, «Conceptos del amor de Dios», cit., 3.5.

¹⁴⁸ ID, «Libro de la Vida», cit., 10.4.

¹⁴⁹ B. T. GEGER, *To Live and Die in the Society of Jesus: The Idea of Perseverance in the Jesuit Constitutions*, cit., 249. Traducción propia. Cursiva en el original.

¹⁵⁰ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Camino de Perfección», cit., 20.2.

Hablando de Ignacio de Loyola, para José María Guibert la fortaleza de ánimo consiste en la «fuerza para soportar y resistir esas influencias y presiones, que muchas veces vienen bajo capa de bien»¹⁵¹ y dice que «ante los poderosos es algo muy difícil de mantener»¹⁵². En Teresa la concepción que se deriva de sus escritos es bastante similar. Se relaciona con la capacidad para arriesgarse a «emprender obras aunque me costasen muchos sufrimientos y me expondría otra vez a padecer por servirle»¹⁵³; con la disposición —como le ocurre en una experiencia de arrebatamiento de espíritu que narra— para «cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña palabra de la Escritura divina»; y con la capacidad de «vencer cualquier obstáculo que intentara impedírmelo», pareciendo que «ninguna cosa se me pondría por delante que no pasase por esto»¹⁵⁴. El amor al que está llamado el creyente, en respuesta al amor de Dios, es pues un amor magnánimo y que previene frente a la pusilanimidad «que inhibe el servicio amoroso a Dios al infravalorar la bondad humana»¹⁵⁵.

Este planteamiento teresiano lo encontramos asimismo en otro contemporáneo de la santa, el también jesuita Francisco de Javier. Por tanto, parece ser coherente con la mentalidad de la época, al menos en lo referente a estos gigantes de la fe. José María Guibert, de nuevo, advierte que este misionero de origen navarro habla de la pusilanimidad en su carta desde Kagoshima (Japón) del 5 noviembre de 1549¹⁵⁶. En ella él distingue entre «los pusilánimes» y «los que sí tienen alguna opinión», y «supone que los segundos serán un poco

¹⁵¹ J. M. GUIBERT, «Una espiritualidad para el liderazgo. Quién ha de ser líder según Ignacio de Loyola», *Boletín de Estudios Económicos* 71 (2016) 18.

¹⁵² *Ibid.*, 18.

¹⁵³ SANTA TERESA DE ÁVILA, «Libro de la Vida», cit., 26.2.

¹⁵⁴ *Ibid.*, 40.2.

¹⁵⁵ W. A. MCCORMICK, «A Continual Sacrifice to the Glory of God: Ignatian Magnanimity as Cooperation with the Divine», *Studies in the Spirituality of Jesuits* 50 (2018) 14. Traducción propia.

¹⁵⁶ Cf. J. M. GUIBERT, *El viaje de Javier. Un itinerario de discernimiento*, Mensajero, Bilbao 2021, 182-186.

más animosos y fuertes en la vida»¹⁵⁷. En palabras del propio santo en su misiva se lee:

Por este mal tan grande de pusilanimidad, viven desconsolados muchos de los que comenzaron a servir a Dios, por no ir adelante, [de modo que] corren mucho peligro de perderse o de vivir desconsolados, no conociendo en sí sus flaquezas, atribuyéndolas a la cruz de Cristo, diciendo que es trabajosa de llevar adelante¹⁵⁸.

Empleando palabras de Guibert, «una persona luchadora como Javier no acepta la pusilanimidad [porque] en el fondo, por poco carácter o por egoísmo, la persona no se mueve y no da pasos [...]. Son personas con un ánimo pequeño y con poco carácter [...] y lo que tienen que hacer es reconocer su flaqueza»¹⁵⁹.

CONCLUSIÓN

La idea teresiana de la *fortaleza* contiene dentro de sí algunos de los rasgos más relevantes del pensamiento de la santa de Ávila. Tan es así que a través de ella podemos percibir elementos centrales de su propuesta antropológica y de su espiritualidad. Su comprensión teológica del ser humano y de la vida espiritual sigue teniendo, también en nuestros días, un importante valor revolucionario y reformador. Esto resulta más evidente si la comparamos con otros planteamientos recientes. Así, algunas espiritualidades contemporáneas, ciertamente inspiradoras para muchos creyentes y que han ayudado a traer paz y sanación a la vida de multitud de personas, pueden servirnos para iluminar y clarificar todavía un poco más la peculiaridad y la novedad, aún actual, de la propuesta de Teresa.

Los caminos espirituales de autores como Henri J. M. Nouwen o Thomas Merton subrayan la idea de que Dios trabaja fundamentalmente a través de las vulnerabilidades humanas. Es decir, que Dios se

¹⁵⁷ Carta 90. A sus compañeros residentes en Goa.

¹⁵⁸ *Ibid.*

¹⁵⁹ J. M. GUIBERT, *El viaje de Javier. Un itinerario de discernimiento*, cit., 182-186.

hace presente en la vida de cada ser humano en medio de sus heridas, de modo que es desde la conexión con tales dimensiones sufrientes como se puede llevar a otros la sanación de Dios. En este sentido, en su conocidísimo libro *El sanador herido*, Henry Nouwen escribe: «El Mesías [...] está sentado entre los pobres, y venda sus propias heridas una a una, esperando el momento en que se le necesite. Lo mismo pasa con el ministro [...]. Es, al mismo tiempo, el ministro herido y el ministro que cura»¹⁶⁰.

Por su parte, la obra de Thomas Merton también trasluce una idea similar: que el encuentro con el Dios que trabaja en cada uno de nosotros se produce de modo primordial cuando el ser humano transita por sus desiertos, oscuridades e intemperies interiores. Así lo recoge en su libro *Nuevas semillas de contemplación*:

La perspectiva de tener que atravesar este desierto le horroriza tanto a la mayoría de las personas que se niegan a entrar en sus ardientes arenas y a caminar entre sus rocas [...]. Hay en la vida de una persona momentos en que [las oraciones vocales, los sermones, las mortificaciones, los libros, las meditaciones y las devociones] pueden convertirse en una huida, un calmante, un refugio contra la responsabilidad de sufrir en las tinieblas, la oscuridad y la impotencia, y permitir que Dios nos despoje de nuestro falso yo y haga de nosotros los hombres nuevos que realmente estamos destinados a ser¹⁶¹.

Estos dos modelos espirituales —absolutamente legítimos— nos ayudan, por contraste, a acrisolar lo genuino de la visión de Teresa en sus obras. Para ella no son la herida, ni la flaqueza ni la vulnerabilidad los lugares fundantes del trabajo divino en la vida del ser humano. Por el contrario, es el seguimiento fuerte de Dios, cada vez con mayor perfección y firmeza, lo que está en el centro de su concepción carismática y teológica. Y para poder llevar aquella adelante es necesario que los sujetos posean, ejerciten y cuiden sus propias fortalezas, que serán las que les permitan servir a la honra de Dios.

¹⁶⁰ H. J. M. NOUWEN, *El sanador herido*, PPC, Madrid 2005, 100.

¹⁶¹ T. MERTON, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2008, 245-246.

En otras palabras, la fuerza del sujeto tiene su valor primordial en que se constituye en condición indispensable para llevar adelante aquel camino espiritual. Es decir, que la fuerza del creyente es, en primer lugar, para el servicio a Dios, para agradarle y no ofenderle. Este *para* es el vector que informa y dinamiza el bellissimo poema teresiano: «Vuestra soy para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?».